

100 AÑOS de
FELIPE
ÁNGELES



CÓMO FUE EL ATAQUE A ZACATECAS

Federico Cervantes

CÓMO FUE EL ATAQUE A ZACATECAS

100 AÑOS de
FELIPE
ÁNGELES

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Pedro Salmerón Sanginés

Director General

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General Adjunto de Investigación Histórica

Gabriela Alejandra Cantú Westendarp

Directora General Adjunta de Difusión de la Historia

CÓMO FUE EL ATAQUE A ZACATECAS

Federico Cervantes

MÉXICO 2019

Portada: Felipe Ángeles y su Estado Mayor en el Cerro de la Bufa, después de la toma de Zacatecas en junio de 1914.

© (6119) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

Ediciones impresas:

Primera edición en *La batalla de Zacatecas*, Piedra Angular, 1998.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2019.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

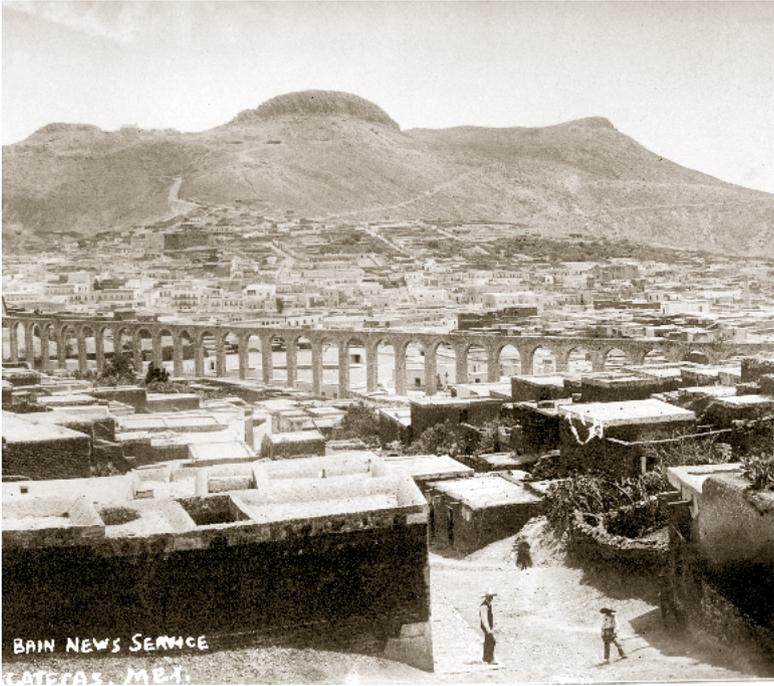
ISBN: 978-607-549-099-1

HECHO EN MÉXICO.

Índice

Cómo fue el ataque a Zacatecas.....	9
Asalto y toma de Zacatecas.....	49





Vista general de la Ciudad de Zacatecas,
al fondo se observa el Cerro de la Bufa, *ca.* 1910,
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Cómo fue el ataque a Zacatecas¹



¹ El presente texto fue tomado de *La batalla de Zacatecas*, prólogo de José Enciso Contreras (cronista de esa ciudad), publicada en Zacatecas por Piedra Angular, en 1998.

I

En la revista *L'illustration Française*, publicación seria de aquella época, el señor Réginald Kann hizo, como enviado especial, relato de la batalla de Zacatecas. Refirió dicho escritor que la plaza de Zacatecas era considerada como inexpugnable, pero que tenía el defecto de que sus líneas de defensa alcanzaban gran desarrollo (unos 20 kilómetros), lo que exigía fuerte guarnición. Criticó que los fuertes no estuvieran comunicados, de tal suerte que tenían que defenderse aisladamente. Y también criticó que los federales no hubieran preparado obras serias de defensa (fortificaciones), para lo cual tuvieron tiempo, hombres y material. “Pero necesitaban saber y actividad”. “Aparentemente los oficiales federales no poseían ni lo uno ni la otra”.

Yo considero que hubo apatía porque entre otros oficiales de ingenieros estaba Gómez Linares, que sabía bastante de esa especialidad.

El escritor de referencia criticó también que las trincheras de los federales, que se reducían a círculos de unos 50 metros, parecían elegidas en lo más alto, y lo más a la vista del enemigo, con casetas de madera y techo acanalado, excelente punto de vista para la artillería enemiga.

II

Dice el escritor de *L'Illustration*, en el artículo que cito, que los contingentes de Zacatecas y Durango (Arrieta y Natera) eran de 7000 hombres por todo, y que la División del Norte se componía de 28000 hombres, con 42 piezas de artillería, datos que yo publico a título de imparcialidad, pero que considero exagerados respecto al número de hombres, porque, según costumbre muy mexicana, los datos numéricos de efectivos militares siempre son inflados. Se verá, no obstante, que en el mapa de las posiciones de Zacatecas, que con el artículo que publicó *L'Illustration*, están anotados los efectivos asaltantes y, sumados, ascienden a 22900 hombres solamente.

Mis datos, recogidos de fuentes más veraces, sólo arrojan un efectivo de 20500 hombres.

El mismo autor señala para la guarnición de Zacatecas 14000 hombres, con 12 cañones (recogimos 13 cañones).

Respecto a nuestra artillería, puedo precisar que se componía de: por el norte, 7 baterías con cañones de 75 mm, mandadas por los capitanes José Roldán, Gustavo Durón González, Francisco Quiroz, José María Trejo, Felipe Ortega, F. Rojas y Francisco Garcilita, formando dos grupos a las órdenes de los mayores Miguel Saavedra (quien se distinguía por su valentía, llegó a general, y murió colgado de un árbol, en Chihuahua, por el general Munguía), y José María Jurado. Total: 28 piezas.

Grupo de tres baterías de 80 mm, tipo poderoso, con los capitanes José Tapia, Carlos Trigos y Carlos Amézaga, mandados por el mayor Luévano; 12 piezas que no entraron en acción por falta de espacio.

Por el sur: sección de 2 cañones de 80 mm, tipo ligero, al mando del teniente Francisco Falco; batería de montaña de 70 mm, tipo ligero, al mando del teniente Antonio Licon, y



batería de 75 mm S. Vickers, al mando del teniente Roberto Perdomo (a quien debo importantes datos), mandados por el mayor José Carrillo. Total, 10 piezas.

Total general: 38 piezas en acción, a más del cañón “El Niño”, de 80 mm, tipo poderoso, que estaba montado sobre la vía férrea, en Pimienta, sobre una plataforma, y al cuidado del teniente Trucios.

III

Natera y Arrieta, dice el escritor Kann, atacaron, el 12 de junio, por el norte y el sur, y sufrieron grave fracaso, por no concurrir al ataque con las fuerzas que estaban en Torreón (la División del Norte). Sabido es que el señor Carranza procuró que Zacatecas fuera tomada por otros generales antes que por Villa, para detener a éste en su marcha triunfal a la capital de la República; y que todavía pretendió que a Natera y Arrieta se les reforzara, después de rechazados, con 3 000 a 5 000 hombres de la División del Norte, que habrían corrido la misma suerte. Por eso, con toda razón, los generales de la División del Norte se opusieron a orden tan descabellada.

IV

La artillería de la guarnición de Zacatecas usaba obuses de calidad superior y granadas de tiempo (europeas), mientras que nosotros, con excepción de los cañones del teniente Perdomo, usábamos granadas percutentes, fabricadas con muchas deficiencias, en Chihuahua. Sin embargo, nuestra artillería era muy superior, y esto, unido a su empleo acertado y oportuno como formidable protección de las tropas



asaltantes, explica el reducido número de bajas que sufrió la División del Norte.

V

El escritor a quien he venido refiriéndome dijo que las bajas de los federales fueron de más de 5000 muertos, y el resto heridos o prisioneros. “El ejército del general Medina Barrón, ya no existe”. Y que las bajas de los asaltantes fueron de 2000 hombres, de los cuales 500 muertos. Yo estimo que nuestras bajas fueron menores, por las razones apuntadas: superioridad de nuestra artillería, y admirable eficacia en proteger a las otras armas, para que asaltaran.

VI

El escritor a quien he citado concluye diciendo que esta sangrienta acción de armas ha presentado dos fases: el combate y la carnicería, imagen reducida de las victorias de Mario y Aníbal. “Villa no se contentó con la victoria, sino que buscó el aniquilamiento del adversario”.

Y termina diciendo:

La inferioridad de los federales no quita nada al mérito de los vencedores. Los dispositivos tomados para el ataque prueban que el comando posee un seguro instinto de la guerra y de la utilización del terreno. La ejecución es toda tan notable por la rapidez del movimiento ofensivo y su vigor poco común, que para obtener en tan poco tiempo un resultado tan completo, precisa una organización relativamente avanzada,



y procedimientos de combate que mucho se aproximan a los nuestros, lo que no se creía, generalmente.

Y agrega que la concepción del dispositivo de ataque fue idea del general Ángeles; que todos los generales, Villa inclusive, apoyaron y secundaron esa idea. La ejecución fue obra del mando de oficiales valientes y de la intrepidez de los soldados de la División del Norte.

LA DIVISIÓN DEL NORTE

*Síntesis de su origen y campaña en el norte.
Asalto y toma de Zacatecas. Pancho Villa*

Pancho Villa, el amigo fiel de don Francisco I. Madero, escapado de la muerte a que quiso llevarlo, y de la prisión a que lo llevó la acusación de Victoriano Huerta, luego que fue bien enterado de la traición y del asesinato de los primeros mandatarios de la República, inició de nuevo, infatigable, su lucha tenaz por la justicia del pueblo. Seguido de unos cuantos hombres, y con un puñado de pesos, atravesó la frontera para crecer y agigantarse prontamente, hasta llamar la atención de propios y extraños. Por sus hazañas guerreras, aquel luchador de toda su vida, bandolero por perseguido, célebre guerrillero de ahora, tuvo una gran escuela de experiencia con el aumento de sus efectivos, y con los combates. A sus intuiciones y prácticas de táctica, unió bien pronto genialidades de estrategia.

Su campaña de Chihuahua se sintetiza en estos elocuentes renglones del general Felipe Ángeles:

Con tropa y municiones insuficientes, ataca Chihuahua por el oriente, finge un fracaso, marcha de noche, hace un rodeo para



apoderarse [de] la vía férrea, al norte, aprisiona un tren, y con la más despierta inteligencia que no olvida un detalle, engaña al enemigo en Ciudad Juárez, que lo creía a inmediaciones de Chihuahua, y llega en tren hasta el corazón de la ciudad, donde sorprende y derrota a la guarnición; mientras tanto, ha hecho marchar a pie hacia Ciudad Juárez al resto de sus tropas, para retardar así al enemigo, y tener tiempo de equiparse y municionarse. Al aproximarse el enemigo a Ciudad Juárez, sale a su encuentro, para evitar complicaciones internacionales; lo derrota en Tierra Blanca, y lo persigue hacia Chihuahua, de donde el enemigo, lleno de pánico, corre para Ojinaga, camino de Coahuila, huyendo siempre de Villa, quien lo alcanza, detiene y derrota en Ojinaga, poniendo así término a la campaña de Chihuahua.

Ahora las operaciones tienen mayor envergadura y se dirigen a efectivos superiores, a los que hay que ir a combatir fuera del estado.

*Encuentros de Torreón
y San Pedro de las Colonias*

En Torreón el enemigo se había hecho fuerte con 10 000 hombres y 30 cañones, y allí se dirige la División del Norte, que a fuerza de tenacidad, en 10 largos días de combates terribles logra obligar al enemigo a evacuar la plaza, aprovechándose éste de la cortina de polvo que provocó un fuerte viento. Esta victoria no había sido completa, porque a pesar de las fuertes bajas de ambas partes, el enemigo pudo alejarse, aunque en desorden; pero la batalla se completó con el encuentro de San Pedro de las Colonias, en que no teniendo atrinchamientos preparados con anticipación, los federales libraron batalla campal, que permitió a las tropas del norte tomar dispositivos tácticos, y batir, con mejor éxito, al enemigo, que había sido reforzado con tropas que venían de refuerzo,



y que logró reunir mayor efectivo que en Torreón, contando con 22 generales. La batalla fue decisiva y el enemigo huyó en completo desorden rumbo a Saltillo.

Acción de Paredón

Paredón había sido ocupado por 5 000 federales, como punto estratégico que permitiera detener a la División del Norte en su marcha sobre Saltillo, pero allí se consumó, en pocos momentos, un verdadero desastre militar, haciendo numerosos prisioneros, de los que por la fuerza o el engaño habían sido reclutados en México. Los restos de aquella vanguardia huyeron despavoridos a Saltillo, a precipitar la evacuación de la plaza. Las tropas del norte ocupan la capital de Coahuila y de este modo Carranza tiene la satisfacción de volver a su estado, de donde salió al iniciar la revolución de 1913.

Desde antes de la batalla de Torreón, el general Ángeles se había incorporado, en Chihuahua, con el general Villa, y es curioso relatar que éste lo recibió con tal regocijo que, desde que Ángeles llegó a Ciudad Juárez, Villa dictó un mensaje en que ponía a sus órdenes la División del Norte. El secretario de Villa le hizo notar que tal vez era demasiado ofrecer, y entonces Villa rectificó, en el sentido de poner, desde luego, a disposición de Ángeles, toda la artillería. En efecto, Ángeles se ocupó, desde entonces, de organizar la artillería, hasta lograr ponerla en alto estado de eficiencia, como quedó demostrado en la batalla de Zacatecas. Pero todavía después del triunfo de Torreón, el general Villa confió a Ángeles la reorganización de la infantería, y dio mando importante al coronel José Herón González, ayudante de Ángeles, permitiendo así que tan pundonoroso y competente oficial diera excelente organización a batallones de infantería que en Zacatecas habrían de desempeñar papel muy eficiente.





Villa y parte de su caballería, 1914.
Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

La guarnición de Zacatecas

Zacatecas estaba guarnecida por fuerte guarnición de federales que habían rechazado los ataques de tropas revolucionarias de Durango y Zacatecas, y fue en esos días cuando se suscitó entre Carranza y los generales de la División del Norte el incidente por el cual éstos desobedecieron, apretándose a librar la batalla de Zacatecas contra la anuencia de don Venustiano Carranza.

El asalto y toma de Zacatecas es particularmente notable, porque, en mi concepto, es el encuentro que más se

aproxima al tipo de la batalla clásica, y porque sus resultados, desastrosos para los federales, constituyeron el más formidable golpe que desmoronó al gobierno usurpador de Victoriano Huerta. Dicha batalla presenta todas las fases: reconocimientos preliminares, toma de contacto con el enemigo, estrechamiento del círculo de sitio, distribución ordenada de las tropas, elección de posiciones y establecimiento meditado de la artillería; empleo eficaz de ésta, para apoyar el avance de las otras armas, elección de una reserva y de un frente principal de ataque, y de posiciones laterales, desarrollo regular y previsto de la batalla, asalto metodizado de las posiciones, esfuerzo final y persecución tan eficaz, que la reserva aniquiló a las tropas en su retirada.

La calidad de las posiciones de la defensa, que parecían inexpugnables y los efectivos combatientes, eran éstos: 12 000 hombres defendían la plaza en bien elegidos atrincheramientos; 20 000 revolucionarios la sitiaban para asaltarla.

Adelantaremos los resultados, diciendo que fueron asaltados seis cerros atrincherados y que la guarnición de Zacatecas fue aniquilada en nueve horas de lucha.

Descripción

La ciudad de Zacatecas, capital del estado del mismo nombre, tiene una población de unos 30 000 habitantes² y se encuentra en una hoya o barranca rodeada de eminencias. Situada en la Mesa Central Mexicana, está a una altitud de 2 400 metros, circunstancia que le hace tener un clima fresco y agradable en la estación del verano.

² N. del E. Según el censo de población de 1910, la ciudad de Zacatecas tenía 25 900 habitantes; para 1920 había 15 462. En 1940, de acuerdo con cifras de INEGI, la población era de 21 846 habitantes.



Por razón de la topografía del terreno, la ciudad se alarga de norte a sur, abundando en su parte céntrica las construcciones de dos pisos, debido a la falta de espacio. Parece como que la ciudad serpentea en el sentido del *talweg*,³ y que intenta dilatarse a lo ancho, por sobre los lomeríos del lado oriental, últimas estribaciones del Cerro de Bolsas, y al poniente, por sobre las faldas del Cerro del Grillo.

Para llegar a Zacatecas, viniendo del norte, se tiene que doblar una barrera formada por eminencias que sobrepasan en 300 a 500 metros el nivel de la ciudad.

Vetagrande, mineral famoso de otros tiempos, se oculta detrás de esas eminencias, y por su pueblecillo tristón y semiabandonado pasa un camino carretero que viene del pueblo de Morelos, y que se dirige a la capital, buscando la pendiente favorable del terreno, encontrándose por sobre las cimas, y dirigiéndose hacia el sur, hasta entrar en la punta norte de la ciudad.

Otro camino carretero conduce del oriente, viniendo de Aguascalientes, pasando por el pueblo de Guadalupe, a 7 kilómetros de la capital, y entrando con ligera pendiente ascendente por el cañón que separa al cerro, —altiplanicie de las Bolsas del cerro— fortaleza de la Bufa, memorable este último por el asalto que en 1871 dio en él el general Rocha, a los generales fronterizos que lo defendían, peleando en contra del gobierno del presidente Juárez.

Un tercer camino conduce del sureste a la capital (camino de Jerez), doblando lomeríos y llegando por la punta sur de la ciudad, por donde entra la vía férrea, y donde se encuentra la estación del ferrocarril.

De manera que los tres caminos mencionados radian de Zacatecas al norte, al oriente y al sur, y constituyen las vías

³ N. del E. *Talweg* o *talveg*, término de origen alemán. En español es una vaguada o línea que marca la parte más profunda de un valle.



carreteras que comunican con el exterior, aunque después se bifurcan en otras direcciones. La vía férrea sigue sensiblemente paralela al camino de Guadalupe, al sur, y en esa dirección se aleja de la ciudad.

Yendo de Vetagrande a Zacatecas, de norte a sur, se encuentra inmediatamente una fuerte elevación del terreno, desde la que se distingue el comienzo o extremidad de la ciudad, allá en el fondo, como resguardada, al frente y hacia nosotros, por un cerro colorado, de mediana elevación, Cerro de Loreto, fuertemente fortificado, y por un centinela guardaflanco, alto y alargado, en forma de espinazo, y que se llama cerro de la Sierpe.

Encuadrando la ciudad, cerca de ella, y como dos colosos que la guardan, se yerguen, por el oriente, el Cerro de la Bufo, de flancos poco accesibles, fortificado y artillado, y en el que se distinguen, dominando el valle, un observatorio, un castillo-parroquia y la Bufo propiamente dicha (peñasco acantilado que corona la cúspide), sobremontada por un faro que funcionara incansable la noche anterior a la batalla. A este cerro precede paralelamente, dándole frente, otro cerro alargado que lo protege, como primera posición importante que habrá que tomar antes de acercarse a él.

Por el poniente se levanta, redondeado y dominante también, el segundo coloso, el Cerro del Grillo, elevación importante que constituye la llave de la posición, y que ha sido cuidadosamente fortificado, artillado y reforzado con numerosas tropas.

Hacia el sureste se distingue una grande y alargada elevación que forma garganta con la Bufo, y que un poco alejada de Zacatecas, presenta una gran mesa, denominada de Bolsas.

Finalmente, al sur, se distingue un cerro puntiagudo y alto, que se eleva en forma de cono y que se halla guarnecido con tropas; es el cerrito de Clérigos.



Para entrar a la ciudad, rodeada de esas fuertes posiciones naturales, fortificadas y guarnecidas con más de 10000 hombres, habría, pues, que dirigirse en una de las tres direcciones principales de caminos consignados, disputando previamente la posesión de las alturas dominantes.

Las tropas de la División del Norte, llegadas de Torreón y acampadas a una jornada de Zacatecas, pudieron aproximarse a los alrededores de la ciudad después de un reconocimiento ofensivo, iniciado por el general Ángeles y su Estado Mayor, con una escolta de 20 hombres, habiendo librado un combate en el rancho de San Vicente, a una columna volante de 200 hombres de Argumedo, que incursionaban por los alrededores de Zacatecas. Este combate que estuvo a punto de sernos adverso, fue librado con escolta del general Chao, y oportunamente apoyado por el general Trinidad Rodríguez, quien con sus tropas replegó al enemigo hasta sus posiciones de defensa.

Varios reconocimientos nos enseñaron que por el suroeste, los lomeríos que barren la ciudad están bien batidos por los fuegos de diversos atrincheramientos, al parecer sabiamente elegidos, y que ese será, quizás, el frente más fuerte de la defensa. El enemigo pensó que por allí se empezaría el ataque principal de la División del Norte. Por el lado norte se presenta, en cambio, una zona ondulada, aunque dominada por el fuego de los varios centinelas mencionados antes.

El cerebro director

El general Ángeles inspecciona y medita, acabando por elegir este frente como el más apropiado para el ataque principal, porque la artillería puede por allí enfrentarse con la artillería enemiga, y porque se puede también, muy principalmente, apoyar, desde buena distancia, a las tropas de infantería que habrán de asaltar las posiciones elevadas.



En Vetagrande. Fue este general quien hizo elección de las primeras posiciones, con dos días de anticipación al de la batalla.

El cañoneo sufrido pasivamente (para no señalar sus posiciones) la antevíspera, sobre esas posiciones, los combates parciales por el noroeste, con tropas del general Trinidad Rodríguez, y por el suroeste, con las del general Maclovio Herrera, muestran, por las bajas sufridas especialmente en tropas de este último general, que resultó él mismo herido en un brazo, por los efectos iniciales causados en la artillería (dos piezas desmontadas, artilleros muertos y heridos), que la infantería del enemigo está presta a la defensa, y que su artillería tiene bien medidas las distancias y referidas de antemano las posiciones.

*Orden de ataque.
Primera fase de la batalla*

El día 22 de junio de 1914 se da la orden de que al día siguiente, a las 10 de la mañana, acumuladas ya las reservas y las municiones de reserva, la artillería rompa el fuego sobre las posiciones enemigas, a las que habrá de aproximarse todo lo necesario para hacer eficaz el fuego, y que todas las fuerzas de la División del Norte, según disposición del general Villa, llegado la víspera y enterado de la situación y de las disposiciones tomadas, que aprobó en todas sus partes, emprendan el ataque.

Las tropas quedarán repartidas y atacarán según el siguiente

Dispositivo

Por el noreste, y resueltas a apoderarse de la posición anterior a la Bufa, y del camino que conduce a Zacatecas, las



brigadas Ceniceros, Morelos, del general Urbina; Robles, del general Benavides; Tercer Batallón (coronel Herón González), y parte de la Zaragoza, del general R. Madero, con un efectivo total de 3 000 hombres. Por el norte, ligadas con las anteriores, parte de la brigada Madero y parte de la Ceniceros, con unos 1 500 hombres; por el noroeste, las brigadas Villa, del general J. Rodríguez; Cuauhtémoc, de los generales T. Rodríguez y Rosalío Hernández, con un total de 4 500 hombres; por el oeste, Zapadores, del general Servín y tropas al mando del general Almanza, con unos 2 500 hombres. Por el sur y suroeste, brigadas Herrera, Ortega y Chao, con unos 3 000 hombres. Por el oriente, y extendidas hasta Guadalupe, las tropas de los generales Arrieta, Natera, Bañuelos, Domínguez, Triana y Carrillo, con unos 5 000 hombres. Estas últimas tropas se habían apoderado ya de Guadalupe, cortando la vía y cerrando el paso, según indicación del general Ángeles, a los trenes y tropas que pudieran venir de Aguascalientes en auxilio de los sitiados, y fungirían como reserva para la persecución en la probable retirada de las tropas sitiadas. Especialmente las tropas del general Natera ocupaban, actitud expectante, la meseta de Bolsas.

La artillería se distribuyó en dos grupos: el menor, compuesto de dos baterías, con las tropas del general Herrera, dispuesto a apoyar el ataque de éstas o de concurrir a la persecución, si la guarnición de Zacatecas se retiraba prematuramente, como parecía sospecharse de una humareda que se distinguió el día anterior, y que podía ser debida a que, según bárbara costumbre, el enemigo incendiaba las casas antes de marcharse (así hicieron en San Pedro de las Colonias y en Saltillo). Y el grupo principal de la artillería que, de las primeras posiciones elegidas, batidas hasta entonces por la artillería enemiga (tenía nuestra orden de no contestar el fuego, para no descubrirse), marcharía la víspera, en la noche, a colocarse más cerca todavía, para asegurar la efi-



cacia del fuego sobre las fortificaciones que iba a asaltar la infantería, protegiéndose una parte con las crestas del lomerío y otra con un caserío medio derruido llamado Mina de la Plata.

Este caserío serviría de punto de observación del general Ángeles, en la primera fase del encuentro, y de posición oculta para la reserva de infantería que habría de apoyar el ataque principal a la hora indicada.

La infantería, dispuesta al ataque, y presta desde la noche anterior, en sus posiciones, formaba un gran arco de círculo, cuyos extremos apuntaban hacia la Bufa, por un lado, y hasta la Sierpe por el otro. Las lomas que daban frente al Cerro de Bolsas, una lomita redonda, el caserío del Edén y otras lomas de la derecha, constituían, junto con algunas casas aisladas, puntos de apoyo del arco de fuego del ataque principal.

Poco antes de la batalla⁴

El día 23 de junio de 1914 amaneció nublado, con niebla que no amenguaba la intensa luz de un brillante sol de verano. Las nubecillas vaporosas se arrastraban lentamente por sobre las cúspides de los cerros, como desperezándose con negligencia sobre sus últimos cojines terrestres, y el sol lograba escapar, de trecho en trecho, por entre la neblina que se recogía en cúmulos de algodón, lanzando a la tierra furtivos dardos de oro. Parecía que escudriñaba por entre veredas y campos, donde estaba la legión de valientes que habría de recoger un lauro más para los soldados del pueblo, donde yacían los cadáveres diseminados, y donde se oreaba la sangre vertida por algunos de los héroes de la víspera, como si

⁴ Este relato podrá tener omisiones inintencionales, debidas a que tan sólo se refiere a lo que pude contemplar.



quisiera exhibir ese riego fecundo de los que, en defensa de la democracia, se apresuraban a ganar la gloria militar.

Después de una noche tranquila, reparadora de fuerzas y germinadora de nuevas energías y de reflexiones para la jornada que se avecinaba, despertó el grupo de oficiales del Estado Mayor del general Ángeles, y luego de haber desayunado se apresuró a montar, para seguir al jefe. Unas galletas deslizadas furtivamente en el bolsillo y un paquete de vendas, depositadas en la bolsa del camarada, denuncian la previsión de una lucha en la que el peligro es incentivo de honor. Por lo demás, después de los preparativos y las órdenes de estilo, el general y sus oficiales marchan al campo del honor, una hora antes de la cita.

Las tropas habían pasado una noche lluviosa, en vigilia, en sus posiciones avanzadas. Ahora el sol había desgarrado el velo de la niebla e inundaba de claridad el campo multicolor en que, a manera de puntos, se distinguían acá y allá los soldados de las tropas contendientes.

Un viento fresco soplaba del noreste, y había alejado la lluvia que se avecinaba como resultado del estampido del cañón al conmover la atmósfera.

En el fondo de la barranca, y vigilada siempre por sus potentes “centinelas”, se nos antojaba que la ciudad de Zacatecas se escurría como alejándose de que la codiciáramos como lugar futuro de reunión. La artillería ocupaba ya sus nuevos emplazamientos.

Al avanzar, inspeccionábamos el campo, dejábamos a retaguardia, protegidos los puestos de socorro, los tiros y avantrenes, así como nuestras cabalgaduras, y a pie, nos dirigiáramos hacia el caserón derruido en que momentáneamente habríamos de ocultarnos, mientras se comunicaban las últimas órdenes.

En el patio principal de los caserones, y ocultas de las vistas del enemigo, se hallaban dos baterías del grupo Jura-



do. Encuadrando los caserones a derecha e izquierda, otras baterías se protegían algo con las crestas del terreno, y algo con las trincheras del campo de batalla que los artilleros se habían construido durante la noche. Por el lado izquierdo de nuestro frente se avanzaba, osadamente, otra batería más del grupo del mayor Saavedra, protegiéndose de un modo análogo a las baterías anteriores; y desde la altura que teníamos a retaguardia, sobre el cerro cercano a Vetagrande, dos baterías apoyaban a las anteriores con sus fuegos dominantes.

Impaciencia

Antes de las 10 de la mañana, la impaciente infantería de los primeros puestos entablaba la conversación del fuego con el adversario, y la artillería enemiga, desde el Grillo y la Bufa, lanzaba por encima de nosotros, a una caballería que se descubriría al avanzar a tomar sus posiciones, la andanada rugiente de sus Shrapnels.

También nosotros esperábamos con impaciencia la hora solemne, con el afán de cumplir bien un deber imperioso, con el interés de quien desea descubrir intensas emociones, con la ambición de quien quiere para sus correligionarios, para sí, y para su partido, nuevas palmas y nuevos triunfos.

Provisionalmente protegido por los paredones se me antojaba que la artillería enemiga podría ser numerosa, que hasta aquel momento no había revelado toda su fuerza, ya que los caserones que nos protegían, y en los que estaban emplazadas dos baterías, iban a atraer como a un nido de proyectiles, las iras de las piezas enemigas, y habrían de reducir, dentro de pocos momentos, a escombros aquellos caserones... Me alegraba yo de que, por un acto de propia iniciativa, la infantería de reserva no se hubiera establecido allí, prefiriendo distribuirse cerca de la línea de fuego, y recordaba con curiosidad y con recelo la frase de mi general: "Mejor



que tiren hacia el caserío, porque de ese modo no le tirarán a la infantería; atraeremos así sobre la artillería todo el fuego enemigo, permitiendo a la infantería que avance y... nosotros sentiremos mucho más bonito...”.

El general Ángeles consideraba el combate como una fiesta marcial en la que goza, y a la que se concurre con espíritu de mosquetero, lleno de alborozo, vestido de limpio por higiene (para el caso de resultar herido), y hasta con coquetería: antes de montar a caballo, se había bañado, se había rasurado y se había atusado el bigote cuidadosamente.

*El combate de Loreto y la muerte
del general Trinidad Rodríguez*

Momentos antes de las 10 de la mañana, la impaciente infantería rompe o arrecia el fuego de sus fusiles y, a las 10 en punto, primero intermitentemente, después en conjunto, nuestra artillería comienza a resonar en la fiesta. El punto principal a donde dirige sus fuegos, por el momento, es el cerro colorado de Loreto, que bate eficazmente para proteger el avance de la infantería. Ésta se lanza valientemente, desalojando al enemigo de la trinchera de la falda de dicho cerro; espera el nuevo efecto de la artillería, que no se hace esperar, bombardeando la cúspide del cerro y haciendo que la infantería enemiga [se] oculte y pronto, con los primeros dragones que siguen al abanderado, éste hace erguir su bandera, que ondea alegremente sobre el fortín conquistado del Cerro de Loreto, primera posición importante arrebatada al enemigo. Al iniciarse este asalto, el valiente y joven general Trinidad Rodríguez, que acababa de dejarnos porque no le gustaron “aquellos rastrillazos” de la artillería enemiga, perdió gloriosamente la vida, arrancada por una bala que le atravesó el cuello. Nos contaban amigos suyos que, antes



de morir, tomó un trago de aguardiente para ver... si no era muy grave la herida...

Durante este momento de la lucha en que el caserío no fue destruido, pero en el que una pieza fue desmontada por las granadas enemigas, pudimos observar muy de cerca las fases de la lucha, y ni las balas, que silbaban aguda y dolorosamente, ni las granadas que al explotar nos conmovían muy de cerca, quitaban interés a esta importante escena.

Apoyo de la artillería

Viendo que la batería de la izquierda del caserío hacía buenos tiros en dirección hacia Loreto, pero que los impactos resultaban cortos, porque nuestras tropas ya ocupaban esa media falda, el general me permitió que fuera yo a hacer corregir ese tiro. Con unas cuantas indicaciones, el capitán Roldán, cuya batería vigilaba el valiente mayor Saavedra, mejoró su tiro e hizo excelentes impactos sobre la trinchera misma de la cúspide de Loreto. El resultado, ya consignado, no se hizo esperar con la ocupación de la posición por nuestras tropas. La toma de Loreto tardó 25 minutos.

Estaba yo en la batería antes mencionada, cuando se presentó el general Urbina, observando el combate, y preguntando por el general Ángeles; le rogué que no se acercara con su escolta, montada, por el peligro de que atrajera el fuego enemigo, pues acababan de herir a varios artilleros, y le indiqué dónde estaba el general Ángeles.

Al mismo tiempo, la infantería de nuestra ala izquierda, apoyada por las baterías de ese lado, rechaza la línea de fuego enemiga que estaba posesionada del cerro anterior a la Bufa, hace que esa infantería se retire y concentre en la Bufa misma, y se establece fuertemente en la cresta, sosteniendo con el enemigo fuerte tiroteo.



Momentos después de que volví al caserío, me decía el general Ángeles que las piezas de las baterías ocultas se habían inutilizado con el fuego, y el capitán Espinosa de los Monteros acudía a ver si tenían pronto arreglo.

Combate de la Sierpe

Por indicación del general, corro en busca de nuestras cabalgaduras, para ocurrir a un nuevo punto de la lucha. Entretanto, las otras baterías continúan su fuego.



General brigadier Eugenio Aguirre Benavides,
Jefe de la Brigada "Zaragoza." Imagen tomada del libro:
R. González Garza, P. Ramos Romero y J. Pérez Rul, *Apuntes
para la historia. La Batalla de Torreón*, Texas, El Paso Printing Co., 1914.

Bien pronto, cuando ya es nuestro el Cerro de Loreto, el combate se singulariza en el Cerro de la Sierpe. El general ordena que la artillería avance y ocupe con su Estado Mayor, al galope, al teatro de este nuevo pasaje épico. Al pasar cerca de la batería del capitán Durón, le ordena que bata la nueva zona, y poco después, a medio camino, se encuentra al general Villa, que seguido de su escolta, venía también al galope, en busca del general Ángeles, y de su artillería. Se detienen ambos generales y se agrupan sus escoltas; los dos jefes se saludan y dialogan: el general Villa, preguntando por la artillería, para desalojar al enemigo de la Sierpe, y Ángeles asegurándole que ya ordenó que avanzara. El grupo se dirige al lugar de la lucha y se destaca a la cabeza la figura recia y Marcial de Villa, que conversa amigablemente con Ángeles, a su lado. Atrás vienen, al paso, los dos estados mayores, y entre ese grupo que debió de llamar la atención del enemigo, numerosas balas buscan víctimas con insistencia, saliendo herido solamente el caballo del mayor Bazán, y un asistente.

Yo había acudido a ordenar a todas las baterías inmediatas, que concurrieran con sus piezas útiles a la nueva posición avanzada; el capitán Durón me puso algunas reticencias, porque su fuego era excelente, y porque acababa de recibir orden verbal del general; le expresé que mi orden era de dicho superior, y acto continuo, me dirigí al caserón inmediato al Cerro de Loreto (mina del mismo nombre), del que nos separaba una hondonada. Allí habían llegado ya los generales Villa y Ángeles, y sus acompañantes.

El fuego de la artillería enemiga ruge por encima de las casas, y las balas, con sus silbidos estridentes, quitan el deseo de asomarse por la arista de muro.

El general Ángeles tiene la ocurrencia de subir a la azotea de esa casa, para apreciar mejor la situación; yo lo acompaño, y hago de tripas corazón para permanecer inalterable al lado de mi jefe imperturbable, mientras que las balas



silban a nuestros lados, como si estuviéramos cerca de un panal de abejas; es que a esa casa todos los contrarios le tiraban, al ver de cerca la aglomeración de tropas en ese punto. Tras una exposición que se me antoja innecesaria invito al general a descender.

El fuego arrecia; las tropas de la derecha se batan con entusiasmo, y en un empuje vigoroso suben hasta media falda de la empinada pendiente de la Sierpe, y hacen que el enemigo se parapete en las trincheras de la cumbre, resueltos a no dejarse arrebatarse la posición. La fuerte pendiente de la subida y la rapidez del impulso restan fuerzas a nuestras tropas, que empiezan a agotarse y tienen un momento de flaqueza. El enemigo se envalentona y sale de sus atrincheramientos, principiando a rechazar a los nuestros.

En este momento culminante de la lucha, que recuerdo como si lo estuviera viendo, un oficial a quien conozco, cae como si hubiera sido mortalmente herido, y se queda inmóvil, “ya éste liquidó”, pienso yo, pero grande fue mi sorpresa y alegría cuando pocos momentos después, en el momento que los nuestros se reponían, lo vi erguirse presuntamente, para la persecución. Era que maliciosamente se había hecho el muerto cuando vio que los rechazaban.

El general Villa hace que se coloque una ametralladora en el ángulo de la casa desde la que presenciamos este pasaje, pero, a pesar de su fuego rápido, no parece causar efecto sensible sobre el enemigo.

Los defensores de la Sierpe se han erguido, y ahora descienden en número, haciendo mortífero fuego sobre los más valientes de nuestros hombres, que se han colocado a unos cuantos pasos de ellos. Los luchadores se batan desesperadamente; el momento es angustioso; quienes nos rodean voltean la cara hacia nosotros, preguntando por la artillería; el general Ángeles me ordena que corra a traer aunque sea



una pieza; voy por ella y antes de mucho tiempo acude un cañón seguido de otro, que se colocan inmediatamente en batería, al descubierta, sobre el terreno disponible.

Emocionante apoyo de la artillería

Todo el mundo dirige ansiosas miradas a las piezas, y está suspenso del resultado. Yo ayudo a apuntar el primer cañón, el valiente capitán Durón González llega a tomar el mando de su sección, me apresto a observar allí mismo el tiro, y pronto, al segundo disparo, nuestras granadas explotan en medio del enemigo. El efecto mortal no se hace esperar: empieza la huida de los contrarios, los nuestros avanzan de nuevo, con más resolución, se escuchan “¡bravos!” y aplausos entre los que nos rodean, y la fanfarria de la diana se hace sonar para acompañar con “¡vivas!”, gritos y lágrimas de emoción, nuestra bandera que ya flota en la cúspide de la Sierpe. Esta posición tardó 15 minutos en caer, desde que fue atacada por la artillería.

Continuamos el fuego por sobre la falda del cerro, sobre la que el enemigo se retiraba.

Sin pérdida de tiempo avanzan resueltamente los cañones que van llegando, hasta la explanada que se encuentra delante de la casa. Los artilleros redoblan sus energías, y baten furiosamente a cañonazos el Cerro del Grillo. Éste y la Bufa nos contestan con empeñoso arresto, y [de] sus proyectiles, unas veces largos, otras cortos, nos llega, hasta ese momento, solamente el polvo de sus explosiones. Sin embargo, una granada enemiga llega a inmediaciones de una pieza y hace víctimas. Pero los artilleros no cesan en su lucha; las balas silban como moscos imprudentes, y los sirvientes de las piezas cargan, preparan, apuntan y hacen fuego.



Los generales Villa y Ángeles, algunos otros oficiales y el que relata nos acercamos a un cañón que hace fuego rápido y certero, y nos subimos a un montón inmediato de piedras para observar mejor. Súbitamente, una explosión más recia que el estampido del cañón, que tenemos a dos metros, nos ciega, nos ensordece y nos llena de tierra y humo. Aturdidos, escuchamos gritos de espanto y los gemidos, o más bien, alaridos, de un artillero herido, que arroja sangre por la boca. “Nos tocó una granada enemiga”, pensé yo; y cuando el polvo y el humo empezaron a disiparse, pudimos ver un cuadro patético que, con sorpresa para mis futuras reflexiones, no me causó en ese momento emoción alguna: cerca de la pieza, y la retaguardia, se encontraban los restos mutilados de un artillero (el arreglador de espoletas), con las manos voladas, el pecho hundido y la cara y el cráneo destrozados; a un lado se levantaban otros heridos, ensangrentados, llenos de espanto y de dolor, según lo hacían comprender sus gestos y lamentaciones, y en todas direcciones los sirvientes de las piezas corrían desfavoridos. El artillero muerto nos salvó con su cuerpo.

Ayudamos al general Ángeles a volver a los artilleros al pie de sus cañones, levantándoles el ánimo con gritos de mando, y recordándoles su heroico deber. “¡Queridos soldados del pueblo —dice el general Ángeles en sus memorias—,⁵ obligados por el deber a ser heroicos, cuando sus almas tiemblan y sus piernas flaquean!”...

Soldados aterrorizados

Observando semblantes cadavéricos y caras descompuestas por el temor, este cuadro de emocionantes notas se completa

⁵ N. del E. Se trata en realidad de apuntes del general Ángeles en su diario.



con un grupo como de 20 tiradores, que aparece cerca de nosotros con los semblantes pálidos, los dorsos encorvados, y prestos a pararse en el primer objeto que ofrezca protección, o a tirarse en el suelo. El general se indigna al verlos, les llama cobardes y les ordena que sigan hasta el frente en que se baten sus compañeros; obedecen a medias, agazapándose y marchando de lado, en cuatro patas, como los cangrejos que eluden el peligro oblicuamente. El general los increpa y saca el revólver para amedrentarlos; yo lo imito, y por fin aquellos hombres vencen el miedo, es decir, vuelven valientes, y van a incorporarse con sus compañeros a la línea de fuego.

Una tregua. Honrosa comisión

El combate disminuye de intensidad; entretanto, la artillería sigue batiendo al Grillo, pero las tropas no avanzan más. El mayor Fierro aparece con la pierna atravesada. El general Villa quiere que continúe el avance, impulsando a sus tropas sobre la posición del Grillo y, careciendo de ayudante, de momento, se dispone a marchar él mismo. Pero el general Ángeles adivina mi pensamiento, y le dice que yo puedo ir en lugar suyo; el general Villa acepta, y parto al galope, hacia la línea de fuego. “Y partió Cervantes, entusiasmado de ver que se le utiliza en aquella comisión [...]. Allá le vimos muy lejos, con su sombrero arriscado de un lado, al galope acompasado de su caballo alazán”.⁶

Las balas saludaban mi paso, silbando caprichosamente, y dando lugar a que mi caballo aumentara su desconfianza, porque le incomodaba la vista de cadáveres, aún calientes. ¡Pobre caballo fiel, que más tarde habría de quedarse abandonado, herido, en un combate en que lo dejé, creyendo ver las lágrimas en sus ojos!...

⁶ Apuntes del general Ángeles.



En unas casitas del frente encuentro tropas que disparan, protegiéndose con el terreno; saludo de mano a unos oficiales (del Estado Mayor, Santos Coy, coronel Albórez y otros), y ocurro al general Madero, que allí se encuentra, diciéndole que el general Villa desea que las tropas avancen todavía, y preguntándole que si no estima conveniente que hagamos marchar a las allí presentes. Él me contesta que esas tropas apoyan en el momento a las pocas que van avanzando delante, que no cree conveniente, por lo tanto, hacerlas marchar, y que, teniendo poco efectivo, ruega al general que le mande refuerzos.

Refuerzos ya no había, y las tropas estaban cansadas.

El Grillo empezaba a ser desalojado por efecto del fuego de nuestra artillería. Era la una de la tarde, y las tropas daban señales de agotamiento. La Bufa se había acallado. Las tropas tuvieron una tregua.

La primera gran fase de la batalla se había, pues, terminado, con la conquista de las posiciones: delantera de la Bufa, cerros de Loreto y la Sierpe.

Ahora, el fuego de la artillería enemiga se cebaba por el sur, sobre las tropas de Chao, Herrera, Ortega y Servín, y se escuchaba por allí fuerte tiroteo que denunciaba la pujanza de la lucha en aquella región.

Segunda fase de la batalla

Dentro de la casa en que habíamos presenciado las escenas descritas, y que las granadas contrarias habían perforado de lado a lado, pero sin derrumbarla, cerca de un hogar que el enemigo había encendido por la mañana, cuando la posición era suya, esto es, en terreno conquistado, Baca, el asistente del general Ángeles, nos llevó un almuerzo que gustamos con el general Villa y otros oficiales. Se comió con acompañamiento de estampidos de cañón, y de sobremesa el general Ángeles y yo salimos a la explanada, donde quedaba en tres pies un



desgraciado caballo, al que una granada le había volado una mano. Lo finalizamos a balazos; y los disparos de nuestras pistolas parecían insignificantes para nuestros oídos ensordecidos por los múltiples y roncós estampidos del cañón.

Aprovechando esta tregua, montamos a caballo y nos dirigimos al ala izquierda, para ver de cerca los progresos realizados de ese lado.

Sobre la marcha, previendo el triunfo, el general Ángeles me ordenaba que enviara al capitán Quiroz, cuya batería no había descansado de cañonear al enemigo, esta orden escrita: “Marche usted a tomar posición al Grillo, en donde recibirá órdenes”.

La posición tomada por las tropas del ala izquierda permanecía fuertemente sostenida, y desde ella continuaba cambiándose fuerte y nutrido fuego con las tropas que se parapetaban en las posiciones de la Bufa. El cañón de ésta continuaba su fuego ya hacia el sur, ya hacia Loreto.

El Cerro del Grillo había quedado desguarnecido como por espacio de una hora. Pero a poco se vio que el enemigo volvía a ocuparlo con numerosas tropas de refuerzo, y sus cañones no tardaron en vomitar fuego nuevamente.

Nuestras tropas han tomado aliento: la artillería, principalmente la batería de Quiroz, establecida ahora en la mina de Loreto, bate de nuevo con furor las trincheras del Grillo, y no tardamos en ver, primero, hombres aislados que se retiran al paso; después, grupos que se retiran agazapándose y, por último, un verdadero cordón humano que desciende, aceleradamente, huyendo del cerro, para internarse en Zacatecas. Nuestra artillería los sigue en su descenso, y los pone en fuga.

El humo de una explosión

En ese momento son las 5:50 de la tarde; se ve en el centro de la ciudad una gran humareda; el general nos dice: “Ya están quemando Zacatecas”; el ingeniero Valle nos sitúa en el pla-



no el lugar probable de donde parte la humareda, parece ser el mercado; yo hago notar que el humo se disipa prontamente, lo que hace suponer que se trata de una explosión, y no de un incendio; conclusión que, como adelante veremos, fue confirmada: toda una manzana había sido volada.

Momentos después, nuestras tropas avanzan y escalan y ocupan el fuerte del Grillo, en el que plantan hasta dos banderas victoriosas.

Entretanto, por el sur, arrecia el combate; en el campo de mis gemelos puedo distinguir que el enemigo también por ese lado se repliega a la ciudad, obligado por el empuje de las tropas que los acometen. El Cerro de Clérigos, que ha estado siendo objeto de rudo ataque, ha caído probablemente en manos de los nuestros.

Indicios de la derrota

Por nuestra ala izquierda, adonde hemos hecho avanzar una batería, iniciamos el fuego a corta distancia, contra la Bufa. De ahí se ponen a disparar, pero ya no seguidamente, sobre nosotros, sino radialmente en todas direcciones, como si sintieran por todos lados la inminencia del asalto. A la distancia a que nos encontramos, ya el sonido no precede al proyectil, por manera que, para aperebir de antemano el disparo, fijo mis gemelos hacia la pieza, atento a vislumbrar el fogonazo, y prevengo con un grito, para que nuestro grupo se oculte. Acto continuo pasan por sobre nosotros los proyectiles de la Bufa, semejando gigantescos pájaros zumbadores, de resonar sinuoso, que van a estrellarse desesperadamente atrás de nuestras posiciones avanzadas.

La retirada y la persecución

La artillería de la Bufa cambia de blanco, parece que otro enemigo, más cercano aún, le amenaza, y nosotros pode-



mos impunemente asomar hacia el camino que conduce a Guadalupe. Allí se descubren con alegría nuestras tropas enemigas montadas, que se alejan al galope hacia el pueblo dicho; poco después, vuelven grupos; vuelven a intentar inútilmente la salida, y al fin abandonan el camino, y en el más completo desorden, junto con su infantería, se arremolinan en el campo, como lo haría una manada de borregos. Desde nuestro observatorio podemos cazarlos, pero al llegar a un grupo de soldados para que hagan fuego, un oficial me hace notar que nuestra gente los rodea, y podemos también herirla. Suspendemos nuestra orden, y observamos.

El general Ángeles manda decir al general Villa que “¡Ya ganamos!”.

Las tropas de reserva, apostadas en Guadalupe, y en los flancos del cañón, habían cortado toda retirada al enemigo y estaban destrozándolo a quemarropa.

Entretanto, la artillería hacía todavía certeros disparos a la Bufa, que ya no respondía. La gente de esta posición se ponía en cobro, y nuestra gente iniciaba el acceso al cerro.

La gente del sur arreciaba en su empuje; el enemigo huía en carrera desenfundada hacia la ciudad, y los ocupantes nuestros del Grillo bajaban a encontrarlos.

Finalmente, el enemigo huía también de la Bufa hacia el camino de Guadalupe.

El fuego de la artillería había cesado, pero escuchábamos nutrido tiroteo y descargas cerradas en la ciudad misma.

¡Nuestras tropas entraban a sangre y fuego en la ciudad de Zacatecas!

El desenlace catastrófico

Obtuve permiso del general para avanzar hacia la ciudad, con el objeto de asegurar alojamiento para nuestras tropas. Pero mi principal deseo era que, ya que había yo disfrutado



de las emociones y del panorama terrorífico de tan completa batalla, ayudado por mis excelentes gemelos, presenciara yo también la última fase de la lucha, aquella en que las tropas vencidas huyen en completo desorden, y en que las vencedoras, desordenadas también, pero terriblemente agresivas, entran y se apoderan de la última presa.

Por el camino reclutamos algunos dispersos, y con las armas listas para cualquier evento, penetramos a las 7 de la tarde a la ciudad, todavía alumbrada por los resplandores de un magnífico sol de verano.

El enemigo, acorralado o vencido, había caído muerto o prisionero.

La gente del barrio se asomaba medrosamente por puertas y ventanas; pero hacia el centro de la ciudad, en que se escuchaban imprecaciones, descargas y dianas, la confusión era completa; 10000 hombres, por lo menos, invadían de súbito una ciudad desconocida, cuyas casas tenían las puertas y ventanas fuertemente cerradas.

Olía a pólvora y a carne humana.

Los cadáveres yacían escurriéndoles aún la sangre por sobre el piso de las calles, y los vencedores, embriagados con el triunfo, después de la lucha, llamaban a las casas con fuertes golpes de culata, o disparaban hacia las ventanas, rompiendo los vidrios; los alambres de las líneas telegráficas yacían por tierra, estorbando el paso.

Diversos grupos de vencedores se disputaban y arrastraban por las calles los carruajes que acababan de encontrar, o que habían extraído de las cocheras: era el “avance” de los carruajes.

Algunas tiendas eran saqueadas, además, por vencedores que al día siguiente habrían de pagar el robo con la vida. Hubo 60 ejecuciones por saqueo.



En el centro de la ciudad, en que apenas se podía transitar por el gentío militar, se veían los escombros de una gran casa: el Banco de Zacatecas y la Jefatura de Armas, que habían sido volados por los federales. A los lados de estas construcciones, y en las de enfrente, las casas mostraban sus ventanas y balcones despedazados, y los muros agrietados por formidable explosión. ¡Como postrer y bárbara venganza, los vencidos había volado con dinamita una manzana entera, con todo y habitantes! Pero la guarnición de 12000 hombres expiaba este crimen con el aniquilamiento.

Aquella noche

Huyendo del desorden, de las imprecaciones y de los disparos que chispeaban siniestramente en las sombras de la noche, resonando con eco pavoroso en los enfilados callejones, nos refugiarnos en la casa de unos conocidos. El susto los tenía aún pálidos. Nos obsequiaron con una frugal cena, y más tarde, cuando la alharaca hubo amenguado, obtuve de uno de ellos el sacrificio de que saliera conmigo a la calle, para mostrarme dónde podía encontrar alojamiento para la artillería.

Una noche de cielo estrellado, pero oscura, permitía apenas evitar tropezar a cada paso con cadáveres de que nuestros caballos se apartaban azorados. Los hombres que no habían encontrado alojamiento se acostaban en las bancas de los jardines.

En el portal de la plaza de la Independencia, un gran número de esos hombres dormía a pierna suelta, alternando con los cadáveres de los vencidos, que dormían el sueño eterno.

La vida y la muerte se daban la mano, en sueño macabro, la noche de la victoria alumbrada tenuemente por la luz de



las estrellas cintilantes. El cielo contemplaba impasible tanto sacrificio por un usurpador y tanto rencor por un ideal de democracia.

Aquella noche dormí profundamente.

Al día siguiente. Cuadro de terror

Al día siguiente tuve que ir por el camino de Guadalupe y ver el resultado fantástico de la persecución.

La vía carretera, el arroyo y los campos que le bordean, estaban regados de despojos y sembrados de cadáveres. Cachuchas militares, chaquetines, etcétera, daban idea de un campo de suprema lucha. Allí se podía estudiar, por los gestos y las actitudes de tantos muertos, la psicología macabra de la muerte violenta. Había unos que, en actitud casi natural, revelaban no haber sufrido mucho; pero los más tenían retratada en el rostro la mueca de la desesperación con que huían: los brazos cubriéndose la cara en señal de espanto en unos, o de implorar clemencia en otros. Todo ello indicaba la hecatombe de una retirada imposible.

Había algunos cadáveres de soldados que habían recibido la muerte instantáneamente. Al hacer el ademán propio de quien se siente lanzado por el caballo: con las manos llevadas lateralmente en ademán violento.

La mayor parte estaban heridos en la cabeza. Entre los cadáveres se veían cuerpos de mujeres y niños.

Muchos oficiales denunciaban sus categorías por la calidad de sus ropas interiores, especialmente los calcetines, porque las prendas exteriores, de vestir, habían desaparecido.

Después supimos que algún general excompañero nuestro muy estimado, en un rasgo de ingenua desesperación, temeroso de ser sorprendido en su escondite, se vistió de gala, y creyendo que lo respetarían, salió preguntando por el general Ángeles para rendírsele caballerosamente; aquel



pundonoroso militar quería rendir su espada; pero antes de saber dónde estaba Ángeles, lo detuvieron y lo ejecutaron.

¡Y pensar que la mayor parte de esos muertos fueron cogidos de *leva* por ser enemigos de Huerta y, por ende, amigos nuestros! [...] ¡Y pensar que algunos de ellos eran mis amigos, a quienes la inercia del rebaño mantuvo del lado de la injusticia!.⁷

Hasta los caballos tenían actitudes de espanto: había algunos que, metida la cabeza entre las manos, por debajo del cuerpo, se habían aplastado con la muerte. Alguno vi que tenía la cabeza cubierta con una cachucha militar (macabra chanza de algún ocioso), y otro lucía en la pata levantada los galones de la manga de un capitán incógnito.

Un energúmeno, en estado de ebriedad, cebaba su venganza y su bajo instinto balaceando a quemarropa las entrañas de un cadáver.

Al lado de una barda, en un precipicio de algunos metros, varios jinetes, en su huida desesperada, habían saltado con todo y cabalgadura, estrellándose en el fondo del arroyo.

El tránsito era difícil, pues los carruajes apenas encontraban paso, sin rodar por sobre los pies de un hombre o las patas de algunos caballos muertos.

Este cuadro de horror se prolongaba hasta adelante de Guadalupe (más de 7 kilómetros).

Se aseguraba que sólo consiguieron salir de Zacatecas 80 o 100 jinetes de excelentes caballos y fortuna. Probablemente los que convencidos de que serían derrotados, se adelantaron a la huida. El general Olea dice que fueron 200.

A mi regreso a la ciudad encontré largas cuerdas de prisioneros, a quienes ocupaban en acarrear armas y cadáveres.

⁷ *Ibid.*



Los numerosos pozos de minas habían sido llenados con cadáveres.

A los lados del camino, y por la estación, había hacina-
miento de cadáveres, que no pudiendo ya ser sepultados,
iban a ser quemados en montón. ¡La ciudad se iluminó con
siniestros resplandores de hogueras humanas! ¡Empezaba a
oler acremente!

La guarnición de 12 000 hombres fue aniquilada en nue-
ve horas de lucha.



General brigadier Maclovio Herrera, Jefe de la Brigada
"Benito Juárez." Imagen tomada del libro: R. González Garza,
P. Ramos Romero y J. Pérez Rul, *Apuntes para la historia.*
La Batalla de Torreón, Texas, El Paso Printing Co., 1914.

¡La victoria fue completa y épicamente grandiosa!

¡La persecución fue sangrienta, y el aspecto de ese campo en que se pasearon la desolación y la muerte parecía horripilante!

Desmoronamiento del huertismo

La derrota infligida al ejército de Huerta, en Zacatecas, tuvo tal resonancia, y causó tal quebranto en la moral del enemigo, que éste inició la retirada general de sus tropas, que ocupaba San Luis Potosí, por el oriente, y Guadalajara, por el occidente.

La División del Norte pudo marchar triunfante rumbo a la capital de la República, y ya se aprestaban cinco brigadas mandadas por el general Ángeles, para marchar a ocupar, desde luego, Aguascalientes, cuando una orden inesperada del general Villa nos hizo regresar rumbo a Torreón.

Era que Carranza había tomado una actitud hostil y que en vez de fomentar la prosecución de tan brillantes operaciones, negaba el paso del carbón para las máquinas de nuestros trenes, y hacía sentir su resuelta mala voluntad hacia la División del Norte. Entonces, ésta, en vez de hacer armas contra quien la hostilizaba, obró con la prudencia que la gravedad del caso requería, retirándose primero a Torreón, y después hasta Chihuahua, dejando así de cosechar los frutos de tan magna batalla.

Reflexiones

Han transcurrido 21 años desde que se libró la sangrienta batalla de Zacatecas,⁸ y todavía están frescos en mi memoria los detalles de aquella impresionante acción de armas a la

⁸ N. del E. Se infiere que Federico Cervantes escribió esta obra en 1935.



que concurrimos con el entusiasmo de la juventud, y con el afán sincero y desinteresado de contribuir a que el pueblo mexicano disfrutara de conquistas democráticas que tanto sacrificio le han costado.

Después del tiempo transcurrido, mis convicciones no han cambiado, pero mi criterio ha sufrido la necesaria evolución hasta llegar a convencerme de que la guerra es mezuquina en sus frutos para un costo tan cruento. Pero también reflexiono en que es inútil medir los resultados, puesto que la guerra no la provoca o decide ni la impide un hombre, por influyente que sea, sino que es, como las enfermedades, el resultado de una crisis social preparada con miserias, con injusticias y con atropellos.

De cualquier manera, lo cierto es que, durante esos periodos de lucha brutal, los instintos salvajes del hombre se exageran, la “bestia humana” reaparece, y los más bajos instintos se esgrimen con lujo de crueldad, sólo contenida por la disciplina de la muerte.

Humanitarismo

Tengo muy presente que Ángeles y el grupo de oficiales que lo seguíamos, algunos después de haber estado en Europa, militando en las filas del ejército francés, teníamos, como pocos revolucionarios (algunos muy honorables, sin embargo), un concepto técnico y brillante de la guerra; pero nuestro entusiasmo guerrero tenía un aspecto caballeresco que nos hacía repugnar de toda violencia y de toda ejecución que se efectuara después del acto psicológico del combate, de aquél en que la tropa procura aniquilar al adversario, mientras más pronto mejor, porque por singular paradoja, la acción de armas violentas ahorra muchas vidas y sufrimientos.

Profesábamos el criterio de que no puede ser tolerable ejecutar a los prisioneros de guerra, porque los prisioneros



son seres caídos o rendidos, y al que cae se le debe tener compasión, pero no odiosidad.

Muchas veces, en la campaña, sentimos de cerca la desaprobación y hasta el enojo de nuestros compañeros de armas, los revolucionarios, por nuestro afán de evitar las ejecuciones de prisioneros después de consumada la victoria.

Crueldad

Recuerdo muy bien que, en Paredón, tuve apenas tiempo de rescatar del cuadro de las ejecuciones a tres jóvenes oficiales a quienes después he tenido el gusto de ver sirviendo en las filas del ejército actual, y también tengo el amargo recuerdo de un excompañero mío, salido del Colegio de Chapultepec, y que se quedó en las filas huertistas, tomando parte en la batalla de Paredón. Era el teniente coronel Domingo López de Rivera, quien cayó prisionero, y antes de que nosotros lo supiéramos, uno de sus aprehensores le dio un balazo a quemarropa, que le destrozó el muslo, para arrebatarle una bolsa con dinero. Cuando lo encontramos tirado en el campo de batalla lo recogimos y procuramos que el médico militar le hiciera la primera curación, lo cual fue causa de que muchos compañeros revolucionarios nos criticaran, murmurando acremente. Según ellos, a los *pelones* había que dejarlos morir como perros.

Después envié a López de Rivera en mi catre de campaña, con 12 prisioneros, para que formaran tres relevos que los habían de conducir al primer puesto de socorros, y de allí lo condujeran a los hospitales de sangre; pero cuando ya había llegado hasta el tren que había de llevarlo a Torreón, un jefe descubrió que era *pelón*, y acto continuo lo hizo bajar y fusilar sentado. ¡Rasgos que revelan la saña y la crueldad usada en nuestras fatales guerras intestinas!



Yo estimo que a los jóvenes mexicanos se les deberían enseñar las leyes de la guerra, a fin de inculcar en la juventud ideas de lucha humanitaria, para que si el destino los conducía alguna vez a defender los derechos del pueblo, con las armas en la mano, todos recordaran aquellas doctrinas y refrenaran su furor para con el vencido, comprendiendo, sobre todo, que en la guerra civil se trata de compatriotas equivocados, cuyas vidas todavía pueden serle útiles a la patria.

Nosotros preconizamos desde entonces, y así lo pusimos siempre en práctica, que si la guerra es un mal inevitable, la crueldad es innecesaria, y se debe ser benigno con los vencidos.

Fuimos nosotros a la guerra, fieles a la tradición de ese gigante de la magnanimidad que se llamó Nicolás Bravo, y a semejanza de su actitud, evitamos los sacrificios victimarios, y consideramos el perdón como un deber del hombre civilizado.

¡La guerra civil nos dejó el amargo sabor de una cruel experiencia, pero de ella salimos sin que nos salpicara la sangre de las víctimas inermes!



Asalto y toma de Zacatecas¹



- ¹ N. del E. A continuación, presentamos una segunda versión de algunos aspectos referentes a personajes y hechos alrededor de las batallas de Torreón y Zacatecas escrita por Federico Cervantes. Aunque en ocasiones repite párrafos completos del capítulo precedente, aquí se permite resumir otros, complementar el texto documentalmente o introducir nuevas reflexiones. Por otra parte, esta segunda versión es posible que haya sido publicada por partes, ya sea en distintas fechas, o en la misma, pero con sucesivos pases de páginas, como se estilaba hacer en los periódicos impresos, según se infiere de subtítulos que hemos eliminado para facilitar la lectura, sin dejar de indicar en dónde estaban.

El presente texto también fue tomado de *La batalla de Zacatecas*, prólogo de José Enciso Contreras (cronista de esa ciudad), publicada en Zacatecas por Piedra Angular, en 1998.

*Sólo la acción revela
la naturaleza de nuestra inteligencia
y el valor de nuestro carácter.*

LE BON

ANTECEDENTES

El cielo de las ambiciones de Venustiano Carranza se vio más de una vez nublado por el prestigio de los hombres de acción; pero nunca aquella figura decorativa de la Revolución tuvo más celos que cuando Pancho Villa, el amigo fiel de don Francisco I. Madero, escapado de la muerte a que quiso llevarlo y de la prisión a que lo llevó Victoriano Huerta, inició infatigable su nueva lucha por la justicia del pueblo, con unos cuantos hombres y un puñado de pesos con que atravesó la frontera, para crecer y agigantarse en su prestigio militar, hasta llamar la atención del mundo. Aquel luchador de toda su vida fue célebre guerrillero, de guerrillero pasó a táctico y de táctico a estratega.

CHIHUAHUA

Su campaña de Chihuahua se sintetiza en estos elocuentes renglones del general Felipe Ángeles:

Con tropa y municiones insuficientes, ataca Chihuahua por el oriente, finge un fracaso, marcha de noche, hace un rodeo para apoderarse al norte de la vía férrea, aprisiona un tren y con la más despierta inteligencia que no olvida un detalle, engaña al enemigo en Ciudad Juárez, que lo creía a inmediaciones de Chihuahua y llega en tren hasta el corazón de la ciudad, donde sorprende y derrota a la guarnición; mientras tanto, ha hecho marchar a pie hacia Ciudad Juárez al resto de sus tropas, para retardar así al enemigo y tener tiempo de equiparse y municionarse. Al aproximarse el enemigo a Ciudad Juárez, sale a su encuentro para evitar complicaciones internacionales, lo derrota en Tierra Blanca y lo persigue hacia Chihuahua, de donde el enemigo, lleno de pánico, corre para Ojinaga, camino de Coahuila, huyendo para siempre de Villa, quien lo alcanza, detiene y derrota en Ojinaga, poniendo así término a la campaña de Chihuahua.

Empero, el apacible gobernador porfirista de Coahuila no admite en la Revolución figuras más grandes que la suya; ha alejado y va alejando de su lado a todo hombre que vale, y a los triunfos de Villa en Chihuahua, corresponde con el menosprecio de tan magna labor militar y con la intriga política; pero con el prestigio militar del general Villa, independiente de Carranza, crece la acción arrolladora de la Revolución, y bien pronto las numerosas y aguerridas tropas del norte presentan batallas formales que constituyen elocuentes ejemplos de bravura.

TORREÓN

En Torreón, 10000 hombres con 30 cañones lograron a fuerza de constancia en 10 largos días de terrible lucha, obligar a evacuar la plaza al enemigo, que era aproximadamente igual en número. Esta victoria se completa con la batalla de San Pedro



de las Colonias, en que un enemigo de efectivo superior es derrotado y huye en desorden rumbo a Saltillo. Paredón, punto estratégico ocupado por 5000 hombres que quieren impedir el paso hacia Saltillo a la División del Norte, es el lugar en que se consuma en unos cuantos momentos un desastre militar y los restos de aquella vanguardia huyen despavoridos a Saltillo, a precipitar la evacuación de la plaza.

Después, el señor Carranza va a pasear su tranquila figura por la capital de su estado, recuperada con el brazo prepotente de Francisco Villa.

La División del Norte se agiganta con su Jefe, y se apresata a la batalla más completa y al triunfo más decisivo de los registrados en la historia de México; pero Carranza aumenta su celo, al paso que crece el prestigio de Villa, porque esta luz de actividad guerrera opaca su pequeñez pasiva; fragua maquinaciones con Pablo González, que está en Monterrey, y prohíbe a Villa que vaya a Zacatecas a cosechar un nuevo triunfo. Villa, no obstante, obedece el deber superior que le señalan sus generales, y a despecho de Carranza se libra la batalla de Zacatecas.

RECORDANDO LA REVOLUCIÓN²

Telegrama.

Hemos convencido al Sr. general Villa —decían por telégrafo los generales de la División del Norte a don Venustiano Carranza— de que los compromisos que tiene contraídos con la patria lo obligan a continuar con el mando de la División del Norte, como si usted no hubiera tomado la malévola resolución de privar a

² N. del E. Aparece este nuevo subtítulo y repite el de “Asalto y toma de Zacatecas”, como si fuera la segunda parte de la publicación.



nuestra causa democrática de su jefe más prestigiado, en quien los liberales y demócratas mexicanos tienen cifradas sus más caras esperanzas; si él lo escuchara a usted, el pueblo mexicano, que ansía el triunfo de nuestra causa, no sólo anatematizaría a usted por su resolución tan disparatada, sino que vituperaría también al hombre que, en camino de libertar a su país de la brutal opresión de nuestros enemigos, abandonara las armas por sujetarse a un principio de obediencia al jefe que va defraudando las esperanzas del pueblo, con su actitud dictatorial, su labor de desunión en los estados que recorre y de desacierto en la dirección de nuestras relaciones exteriores. Sabemos bien que esperaba usted la ocasión de apagar un sol que opaca el brillo de usted y que contraría su deseo de que no haya en la Revolución hombre de poder que no sea incondicional carrancista; pero sobre los intereses de usted están los del pueblo mexicano, a quien es indispensable la prestigiada y victoriosa espada del general Villa.

La batalla de Zacatecas es particularmente notable, porque aparece como el primer encuentro casi clásico de la Revolución y aun de la historia de México. Presenta todas las fases: reconocimientos preliminares, toma de contacto con el enemigo, estrechamiento del círculo de sitio, distribución ordenada de las tropas, elección de posiciones y establecimiento en batería de la artillería; empleo eficaz de ésta, para apoyar a las otras armas; elección de una reserva y de un frente de ataque principal; desarrollo regular y previsto de la batalla; asalto de las posiciones, esfuerzo final, persecución eficaz.

La calidad de las posiciones de la defensa, que parecían inexpugnables, y los efectivos combatientes, eran éstos: 12000 hombres defendían la plaza y 20000 atacaban, sitiándola.

Se asaltaron y tomaron seis cerros atrincherados y dominantes, y la guarnición de Zacatecas fue aniquilada en nueve horas de lucha.



La ciudad de Zacatecas, capital del estado del mismo nombre, tiene una población de unos 30 000 habitantes, y se encuentra en una hoya o barranca, rodeada de eminencias. Situada en la Mesa Central Mexicana, su altitud es de 2 400 metros, circunstancia que le hace tener un clima exquisito y fresco en la estación de verano.

Por razón de la topografía del terreno, la ciudad se alarga de norte a sur, abundando en su parte céntrica las construcciones de dos pisos debido a la falta de espacio. Parece como que la ciudad serpentea en el sentido del *talweg* y que quiere dilatarse a lo ancho por sobre los lomeríos del lado oriente, últimas estribaciones del Cerro de Bolsas, y por sobre las faldas del Cerro del Grillo, al poniente.

Para llegar a Zacatecas, viniendo del norte, se tiene que doblar una barrera formada por eminencias que sobrepasan de 300 a 500 metros el nivel de la ciudad.

Vetagrande, mineral famoso de otros tiempos, se oculta detrás de esas eminencias, y por su pueblecillo, tristón y semiabandonado, pasa un camino carretero que viene del pueblo de Morelos y que se dirige a la capital buscando la pendiente favorable del terreno, encorvándose por sobre las cimas y dirigiéndose hacia el sur, hasta entrar en la punta norte de la ciudad. Otro camino carretero conduce del oriente, viniendo de Aguascalientes, pasando por el pueblo de Guadalupe, a 7 kilómetros de la capital, y entrando con ligera pendiente ascendente por el cañón que separa al cerro —altiplanicie de las Bolsas del cerro— fortaleza de la Bufa, memorable este último por el asalto que el general Rocha dio en él en el año de 1871 a los generales fronterizos que lo defendían peleando contra el gobierno legítimo del presidente Juárez.



Un tercer camino conduce del suroeste a la capital (camino de Jerez), doblando lomeríos y llegando por la punta sur de la ciudad, por donde entra la vía férrea y donde se encuentra la estación de ferrocarril.

De manera que los tres caminos mencionados radian de Zacatecas al norte, al oriente y al sur, y constituyen las vías carreteras que comunican con el exterior.

La vía férrea sigue sensiblemente paralela al camino de Guadalupe, al sur, y en esa dirección se aleja de la ciudad.

Yendo de la Vetagrande a Zacatecas, de norte a sur, se tiene inmediatamente una fuerte elevación, desde la que distinguen el comienzo o punta de la ciudad, allá en el fondo, como resguardada al frente y hacia nosotros por un cerro colorado de mediana elevación (Loreto), fuertemente fortificado, y por un centinela guardaflanco, alto y alargado, en forma de espinazo, y que llama Cerro de la Sierpe.

Encuadrando la ciudad, cerca de ella, y como dos colosos que la guardan, se yerguen: por el oriente, el Cerro de la Bufa de flancos poco accesibles, fortificado y artillado, y en el que se distinguen dominando el valle un observatorio, un castillo-parroquia y la Bufa propiamente dicha (peñasco acantilado que corona la cúspide), sobremontada por un faro. A este cerro precede paralelamente, dándole frente, otro cerro alargado que lo protege como primera posición importante, que habrá que tomar antes de acercarse a él.

Por el poniente se levanta, redondeado y dominante también el segundo coloso, Cerro del Grillo, elevación importante que constituye la llave de la posición, y que ha sido cuidadosamente fortificado, artillado y reforzado con abundantes tropas.

Hacia el sureste se distingue una grande y alargada elevación que forma garganta con la Bufa y que, un poco alejada de Zacatecas, presenta una gran masa denominada de Bolsas.



Finalmente, al sur se distingue un cerro puntiagudo y alto, que se eleva en forma de cono y que se halla guarnecido con tropas, es el Cerro de Clérigos.

Para entrar a la ciudad rodeada de esas fuertes posiciones naturales, fortificadas y guarnecidas con más de 10 000 hombres, habrá, pues, que dirigirse en una de las tres direcciones de caminos consignados, disputando previamente la posesión de las alturas dominantes.

PRELIMINARES

Las tropas de la División del Norte, llegadas de Torreón y acampadas a una jornada de Zacatecas, pudieron aproximarse a los alrededores de la ciudad, después de un reconocimiento ofensivo, iniciado por el general Ángeles y su Estado Mayor con una escolta de 20 hombres, habiendo librado un combate en San Vicente, a una columna volante de unos 200 soldados de Argumedo que vigilaban los alrededores. Este combate, que estuvo a punto de ser adverso, fue afortunadamente apoyado por el general Trinidad Rodríguez, quien con sus tropas replegó al enemigo hasta sus posiciones de defensa.

Varios reconocimientos previos nos enseñan que por el suroeste, los lomeríos que barren la ciudad están bien batidos por los fuegos de diversos atrincheramientos, al parecer sabiamente elegidos, y que ese será quizás el frente más fuerte de la defensa. Por el norte, en cambio, se presenta una zona ondulada, aunque dominada por el fuego de los varios centinelas mencionados.

Al general Ángeles le gusta este frente y lo elige como el más apropiado para el ataque principal, porque la artillería puede por allí enfrentarse con la artillería enemiga y porque se puede también muy principalmente apoyar desde buena



distancia a las tropas de infantería que habrán de asaltar las posiciones elevadas.

En Vetagrande quedó establecido el cuartel general de la artillería y de la brigada Ángeles.

La elección de las primeras posiciones de la artillería fue hecha con dos días de anticipación.

El cañoneo sufrido pasivamente la antevíspera y la víspera sobre esas posiciones, los combates parciales librados por el noroeste con tropas del general T. Rodríguez y por el suroeste con las del general M. Herrera, muestran, con las bajas sufridas especialmente en tropas de este último general (que resultó herido él mismo en un brazo), y por los efectos causados en la artillería (dos piezas desmontadas, artilleros muertos y heridos), que la infantería enemiga está presta a la defensa, y que su artillería tiene bien medidas las distancias y referidas de antemano las posiciones.

[...]³

Momentos después, nuestra tropa avanza y escala y ocupa el fuerte del Grillo, en el que planta hasta dos banderas victoriosas.

Entretanto por el sur arrecia al combate, en el campo de mis gemelos puedo distinguir que el enemigo también se repliega hacia la ciudad obligado por el empuje de las tropas que asaltan de ese lado.

El Cerro de Clérigos, que ha estado siendo objeto de rudo ataque, ha caído probablemente en manos de los nuestros.

Por nuestra ala izquierda, adonde hemos hecho avanzar una batería, iniciamos el fuego a corta distancia contra la

³ N. del E. Aparecen nuevamente los subtítulos “Recordando la Revolución” y “Asalto y toma de Zacatecas”, como si fuera una tercera parte de la publicación.



Bufa. De ahí se ponen a disparar, cañoneando radialmente en toda dirección; presiento que va a hacernos fuego sobre la batería, llamo al general para ocultarnos en una oquedad y, acto continuo, pasan sobre nuestras cabezas los proyectiles de la Bufa. Semejan vuelos zumbadores, de resonar sinuoso, que van a romperse desesperadamente atrás de nuestras posiciones avanzadas. A esta distancia ya el sonido no llega precediendo al proyectil, por manera que para apercibir de antemano el disparo, fijo mis gemelos hacia la pieza, atento a vislumbrar el foganazo.

La artillería de la Bufa cambia de blanco, parece que otro enemigo más cercano aun le amenaza, y nosotros dirigimos impunemente la vista a la izquierda sobre el camino que conduce a Guadalupe. Allí descubrimos con alegría que numerosas tropas enemigas, montadas, se alejan al galope hacia el pueblo; poco después vuelven grupos; regresan nuevamente hacia la salida, y finalmente, en completo desorden, abandonan el camino y se arremolinan en el campo, como lo haría una manada de borregos.

Desde nuestro observatorio podemos cazarlos, y al llamar a algunos soldados para que dirijan su fuego hacia ellos, un oficial me hace notar que nuestra gente también los rodea por este lado y que podemos herirla. Suspendemos nuestro propósito y observamos.

El general Ángeles manda decir al general Villa que ya ganamos.

Las tropas apostadas en el camino de Guadalupe habían cortado la retirada del enemigo, y estaban destrozándolo, como se verá adelante.

Entretanto, la artillería hacía certeros disparos sobre la Bufa que ya no respondía. La gente de ahí se ponía en movimiento y nuestra infantería iniciaba el acceso al cerro.



La gente del sur arreciaba en su empuje; el enemigo huía en carrera desenfundada hacia la ciudad y los ocupantes del Grillo bajaban a encontrarlos.

Finalmente, el enemigo huía de la Bufa hacia el camino de Guadalupe.

El fuego de la artillería había cesado, pero escuchábamos nutrido tiroteo y descargas cerradas en la ciudad misma.

¡Nuestras tropas entraban a sangre y fuego en Zacatecas!

Obtuve permiso del general para avanzar hacia la ciudad, a fin de buscar alojamientos acompañado del entusiasmado ingeniero Valle.

Mi deseo era que ya que había yo disfrutado de las emociones y del panorama magnífico de la hermosa batalla en el claro campo de mis gemelos, todo el día afocados a las posiciones enemigas, presenciara yo también la última fase de la lucha aquella, en que las tropas vencidas huyeran en completo desorden y en que las vencedoras, desordenadas también, entraran y se apoderaran de la última presa.



Parte de la artillería villista que se utilizó en la toma de Torreón y la Batalla de Zacatecas, 1914, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Por el camino reclutamos algunos dispersos y con las armas listas para cualquier evento penetramos a las 7 de la tarde a la ciudad todavía alumbrada por los últimos resplandores del sol de un magnífico día de verano.

El enemigo, acorralado y vencido, había muerto o caído prisionero.

La gente del barrio extremo se asomaba aún temerosa por puertas. Pero hacia el centro de la ciudad, en que se escuchaban gritos, tiros, descargas y dianas la confusión era completa; 10000 hombres, por lo menos, invadían de súbito una ciudad desconocida, cuyas casas tenían puertas y ventanas herméticamente cerradas.

Olía a pólvora y a carne humana.

Los cadáveres yacían aún escurriéndoles la sangre, por sobre el piso de calles y los vencedores embriagados con la victoria, después de la lucha, llamaban a las puertas con fuertes golpes de culata, disparaban hacia las ventanas y rompían las vidrieras. Los alambres telegráficos y telefónicos yacían por tierra, estorbando el paso.

Diversos grupos de hombres se disputaban y arrastraban por las calles los carruajes que habían encontrado o acababan de extraer de las cocheras: era el “avance” de carruajes.

Algunas tiendas eran saqueadas, además, por vencedores, que al día siguiente habrían de pagar el robo con la vida. (Hubo 60 ejecuciones por el saqueo.)

En el centro de la ciudad, en que apenas se podía transitar por el gentío militar, se veían los escombros de una gran casa: Banco de Zacatecas y Jefatura de Armas. A los lados de ella, y en la acera del frente, las casas mostraban sus ventanas y balcones despedazados, sus muros agrietados y ennegrecidos por formidable explosión.

¡Los bárbaros llamados gobiernistas, los huertistas vendidos, habían volado una manzana entera con todo y habitantes, como postrera venganza!



¡Pero la guarnición de 12 000 hombres expiaba con el aniquilamiento su último crimen!

DESENLACE

Huyendo del desorden, de las imprecaciones y de los disparos que chispeaban siniestramente en las sombras de la noche, resonando con ecos pavorosos en los enfilados callejones, nos refugiamos en la casa de unos conocidos. El susto los tenía aún pálidos.

Nos obsequiaron con una frugal cena y más tarde, cuando la alharaca hubo amenguado, obtuve de unos de ellos el sacrificio de salir conmigo a la calle para mostrarme dónde podía hallar alojamiento para la artillería.

Una noche de cielo estrellado, pero oscura, permitía apenas descubrir a cada paso cadáveres, de los que nuestros caballos se apartaban con espanto. Los hombres que no habían encontrado alojamiento se acostaban en las bancas de los jardines.

En el portal de la plaza de Independencia un gran número de ellos dormía a pierna suelta, alternando con los cadáveres de los vencidos, que dormían el sueño eterno.

La vida y la muerte se dan la mano en sueño macabro la noche de la victoria alumbrada tenuemente por la luz de las estrellas cintilantes.

Aquella noche dormí profundamente.

Al día siguiente fui a ver el resultado fantástico de la persecución sobre el camino de Guadalupe.

La vía carretera, el arroyo y los campos que lo bordean, estaban regados de despojos y sembrados de cadáveres. Cachuchas militares, chaquetines, etcétera, daban idea de un campo de suprema lucha.

Allí se podía estudiar por los gestos, las actitudes y la abundancia de muertos, la psicología macabra de la muerte.



Había unos que, en actitud natural, revelaban una muerte piadosa; pero los más tenían retratada en el rostro la mueca de desesperación con que huían: los brazos cubriéndose la cara en señal de espanto en unos, o de implorar clemencia los otros. Eran indicadores de la hecatombe.

Algunos había que habían recibido la muerte instantáneamente, al hacer el ademán propio de quien se siente lanzado por el caballo: con las manos llevadas lateralmente en ademán violento.

La mayor parte estaban heridos en la cabeza.

Entre los cadáveres se veían cuerpos de mujeres y niños.

Muchos oficiales denunciaban su categoría por la calidad de sus ropas interiores y especialmente de sus calcetines. Las prendas exteriores de vestir habían desaparecido en todos ellos.

Un energúmeno, en estado de ebriedad, cebaba sus venganzas y su bajo instinto en balacear un cadáver, a quemarropa, en las entrañas...

Hasta los caballos tenían actitudes de espanto: Había algunos que tenían metida la cabeza entre las manos, por debajo del cuerpo, se habían aplastado con la muerte. Alguno vi que tenía la cabeza cubierta con una cachucha militar (macabra chanza de un ocioso) y otro lucía en la pata levantada los galones de la manga de un capitán incógnito.

Al lado de una barda, en un precipicio de algunos metros, varios jinetes en su huida desesperada habían saltado con todo y cabalgadura estrellándose en el fondo del abismo.

El tránsito era difícil, pues los carruajes apenas encontraban paso, sin rodar por sobre los pies de un hombre o las patas de un caballo muerto.

Este cuadro de horror se prolongaba hasta adelante de Guadalupe.

Se dice que sólo consiguieron salir de Zacatecas 80 o 100 jinetes de excelentes caballos y fortuna.



A mi regreso a la ciudad, encontré largas cuerdas de prisioneros a quienes ocupaban en acarrear armas y cadáveres. Los pozos de minas habían sido llenados con cadáveres.

A los lados del camino, y por la estación, había hacinaamiento de cadáveres que no pudiendo ya ser sepultados, iban a ser quemados en montón. ¡La ciudad se iluminó con siniestros resplandores de hogueras humanas! ¡Empezaba a oler acremente!

La guarnición de 12 000 hombres fue aniquilada en nueve horas de lucha. ¡La victoria fue completa y épicamente grandiosa!

RESULTADO

La terrible derrota infligida al ejército de Huerta en Zacatecas tuvo tal resonancia y causó tal quebranto en la moral del enemigo, que éste inició la retirada general de sus tropas que ocupaban San Luis Potosí por el oriente y Guadalajara por el occidente.

La División del Norte pudo marchar triunfante rumbo a la capital de la República y ya se aprestaban cinco brigadas mandadas por el general Ángeles para marchar a ocupar desde luego Aguascalientes, cuando una orden inesperada del señor general Villa nos hizo regresar rumbo a Torreón: era que la gloriosa batalla de Zacatecas, librada sin la anuencia de don Venustiano Carranza, había acrecentado en éste la envidia y que apoyado por las tropas de don Pablo González, tomaba una actitud francamente hostil hacia la División del Norte. El general Villa no quiso dejar comprometida su línea de comunicaciones con la frontera, toda vez que sus máquinas se encontraban exhaustas de carbón, artículo que ya no permitía pasar don Venustiano.



PACTO

El pacto de Teoloyucan libró franco paso a las tropas de Obregón y puso a su disposición el abundante armamento, artillería y municiones de los exfederales, armas con que más tarde los carrancistas habrían de combatir a sus propios correligionarios, efectivos autores materiales y morales del abastecimiento del ejército exfederal.

CONFERENCIAS

Las conferencias de Torreón y la Convención de Aguascalientes fueron la más patente muestra del impersonalismo del ejército del norte, aliado al del sur por razón de pureza de principios; y la desobediencia de Venustiano Carranza y la infidencia de él y de sus generales a la Convención mostraron a la historia toda la mezquindad de sus ambiciones y toda la estulticia de su personalismo.

Rotas las relaciones y declarado rebelde Venustiano Carranza, los hombres de la División marcharon sobre los infidentes y éstos huyeron precipitadamente, dejando a aquéllos franco el paso, para hacer en la capital una entrada triunfal que ellos sí habían justificado con sus éxitos guerreros.

Los carrancistas rebeldes almacenaban a la sazón parque, armas y energías en la heroica Veracruz. Después, la infidencia de elementos perversos, equivocados o débiles, las dificultades de la guerra y el destino, han impedido completar y cimentar el triunfo; pero nuestros propios ideales revolucionarios están siendo pregonados por los detractores de la Convención, y no está lejano el día en que, vencido el personalismo, la justicia suprema se abra paso, para que el pueblo mexicano disfrute de las conquistas democráticas, que tanta sangre le han costado.



[...]⁴

El día 22 se da la orden de que al siguiente, a las 10 de la mañana, la artillería rompa el fuego sobre las posiciones enemigas, y que todas las fuerzas de la División del Norte, que manda el señor general Villa, llegado la víspera y enterado de la situación, emprendan el ataque.

Las tropas quedarán repartidas y atacarán en la forma siguiente: por el noroeste, y dispuestas a apoderarse de la posición anterior a la Bufa y del camino que conduce a Zacatecas, las brigadas Ceniceros, Morelos (general Urbina), Robles (general Benavides), Tercer Batallón (coronel González), y parte de la Zaragoza (general Madero), con un efectivo total como de 3000 hombres; por el norte, ligada con las anteriores, parte de la brigada Madero y parte de la Ceniceros, con unos 1500 hombres; por el noroeste, brigadas Villa (J. Rodríguez), Cuauhtémoc (T. Rodríguez y Rosalío Hernández), con un total de 4500 hombres; por el oeste, Zapadores del general Servín y tropas al mando del general Almanza, con unos 3000 hombres; por el oriente y alejadas hasta Guadalupe, las tropas de los generales Arrieta, Natera, Bañuelos, Domínguez, Triana y Carrillo, con unos 6000 hombres. Estas últimas tropas se habían apoderado ya del pueblo de Guadalupe, cortando la vía y cerrando el paso, según indicación del general Ángeles, a los trenes y tropas que pudieran venir de Aguascalientes en auxilio de los sitiados y a la salida probable de éstos.

Las tropas de Natera ocupaban, en actitud expectante, la mesa de Bolsas.

La artillería se distribuyó en dos partes: la menor por el sur; compuesta de dos baterías, con tropas del general Herrera, dispuesta a apoyar el ataque de éstas o a concurrir

⁴ N. del E. "Recordando la Revolución" (continúa).



a la persecución, si la guarnición de Zacatecas se retiraba prematuramente, como parecía sospecharse de una humareda que se distinguió el día anterior y que podía ser debida a que, según bárbara costumbre, el enemigo incendiaba las casas antes de marcharse, y el grupo principal, que de las primeras posiciones elegidas, y batidas hasta entonces por la artillería enemiga (tenían orden de no hacer fuego para no descubrirse), marcharían la víspera en la noche a colocarse más cerca todavía, protegiéndose una parte con las crestas del lomerío y otra con un caserío medio derruido, llamado Mina de la Plata.

Este caserío serviría de punto de observación del general Ángeles en la primera fase del encuentro, y de posición oculta para la reserva de infantería que habría de apoyar el ataque principal, a la hora indicada.

La infantería, dispuesta al ataque y presta desde la noche anterior en sus posiciones, formaba un gran arco de círculo, cuyos extremos apuntaban hacia la Bufa por un lado, y hacia la Sierpe por el otro. Las lomas que daban frente al cerro de Bolsas, una lomita redonda, el caserío del Edén y otras lomas de la derecha, constituían, junto con algunas casas aisladas, los puntos de apoyo del arco de fuego del ataque principal.

LA BATALLA

El día 23 de junio de 1914 amaneció nublado con la niebla blanca que no amenguaba la intensa luz de un brillante sol de verano. Las nubecillas vaporosas se arrastraban lentamente por las cúspides de los cerros, como desperezándose con negligencia sobre los últimos cojines terrestres; y el sol lograba escapar, de trecho en trecho, por entre la neblina que se recogía en cúmulos de algodón, lanzando a la tierra furtivos dardos de oro. Parecía que escudriñaba por entre veredas y campos, donde estaba la legión de valientes que habrían de



recoger un lauro para la División del Norte, y donde yacían diseminados los cadáveres y vertida la sangre de algunos héroes de la víspera, como si quisiera crear ese riego fecundo de los que se apresuraban a ganar la gloria militar.



Ruinas del Palacio Federal y el hueco en el Banco de Zacatecas, 1914, colección José Manuel Enciso, Gobierno del estado de Zacatecas.

Después de una noche tranquila, reparadora de las fuerzas y germinadora de nuevas energías y buenas reflexiones para la jornada épica que se avecinaba, despertó el Estado Mayor del general Ángeles, desayunó satisfactoriamente y se aprestó a montar para seguir al jefe. Unas galletas deslizadas furtivamente en el bolsillo y unas vendas depositadas

en la bolsa del camarada, denunciaban apenas la previsión de que la lucha fuera ardua y peligrosa. Por lo demás, después de los preparativos de estilo, como para un paseo matinal, el general y sus oficiales marcharon al campo del honor una hora antes de la cita.

Las tropas habían pasado una noche lluviosa, en vigilia, en sus posiciones avanzadas.

Ahora el sol había desgarrado el velo de la niebla e inundaba de claridad el campo multicolor en que a manera de puntos se distinguían acá y allá los soldados de las tropas contendientes.

Un viento fresco soplaba del noreste y había alejado la lluvia que se avecinaba como resultado próximo del estampido del cañón al conmovier la atmósfera.

En el fondo de la barranca, y vigilada siempre por sus potentes centinelas, se escurría, asomando una punta, la ciudad de Zacatecas, lugar futuro de reunión al que dirigíamos algunas miradas codiciosas.

La artillería ocupaba ya nuevos emplazamientos.

Al avanzar, inspeccionábamos el campo, dejábamos a retaguardia protegidos los puestos de socorro, los tiros y avantrenes, así como nuestras cabalgaduras, y a pie nos dirigíamos hacia el caserío derruido en que momentáneamente habríamos de ocultarnos, mientras se comunicaban las últimas órdenes preparatorias.

En el patio principal de esos caserones ocultos de la vista del enemigo, se hallaban dos baterías nuevas (grupo Jurado).

Encuadrando los caserones y a derecha e izquierda, otras baterías se protegían algo con las crestas del terreno y algo con las trincheras del campo de batalla que los artilleros se habían construido durante la noche.

Por el lado izquierdo se avanzaba, osadamente, otra batería más del grupo del mayor Saavedra, protegiéndose de un modo análogo a las anteriores; y desde la altura que te-



níamos a retaguardia, sobre el cerro cercano a Vetagrande, dos baterías apoyaban a las anteriores con sus fuegos dominantes.

Mucho antes de las 10 de la mañana, la infantería de los primeros puestos entablaba la conversación del fuego con el adversario y la artillería enemiga desde el Grillo y la Bufo lanzaba por encima de nosotros a una caballería que se descubría, avanzando a sus posiciones, la andanada de sus Shrapnels.

Con impaciencia esperábamos la hora solemne; con el afán de quien quiere cumplir un deber imperioso; con el interés de quien quiere descubrir intensas emociones; con la ambición de quien quiere para sus correligionarios, para sí y para su partido, nuevas palmas y nuevos triunfos.

Provisionalmente protegidos detrás de dos paredones, se me antojaba que la artillería enemiga podría ser numerosa, que hasta ese momento no había revelado toda su fuerza y que los caserones en que nos encontrábamos con dos baterías emplazadas iban a atraer como a un nido de proyectiles las iras de las piezas enemigas y habrían de ser dentro de pocos momentos, montones de escombros. Me alegraba yo de que por un acto de propia iniciativa, la infantería de reserva no se hubiera protegido allí, prefiriendo distribuirse en la línea de fuego; y recordaba con curiosidad y con recelo la frase de mi general: "Mejor que tiren al caserío, porque de ese modo no le tirarán a la infantería; atraeremos sobre la artillería todo el fuego de los cañones enemigos y... sentiremos mucho más bonito!".

¡El general considera el combate como una fiesta en que se goza y a la que se concurre lleno de alborozo, vestido de limpio, por higiene, para el caso de que lo hieran a uno, y con coquetería, antes de salir, se había rasurado la barba y atusado el bigote cuidadosamente!...



Momentos antes de las 10 de la mañana, la infantería, impaciente, rompe y arrecia el fuego de sus fusiles, y a las 10 en punto, primero irregularmente, después en conjunto, nuestra artillería comienza a resonar en la fiesta. El punto principal a donde dirige sus fuegos por el momento es el cerro colorado de Loreto, que bate para proteger el asalto de la infantería. Ésta avanza valientemente, desaloja al enemigo de la trinchera de la falda de dicho cerro, espera el nuevo efecto de nuestra artillería que no se hace esperar, logrando alejar a los hombres atrincherados de la cúspide, y pronto, con los primeros dragones que siguen al abanderado, éste hace erguir la enseña tricolor que ondea alegremente sobre el fortín del Cerro de Loreto, primera posición importante arrebatada al enemigo. Al iniciarse este asalto, el valiente y joven general Trinidad Rodríguez perdió la vida.

Durante este momento de la lucha, en que el caserío no fue derruido, pero en el que una pieza fue alcanzada por las granadas enemigas, un callejón entre dos paredones nos sirvió de observatorio; con cada uno de sus lados nos protegimos alternativamente para observar las fases de la lucha, y ni las balas que silbaban aguda y dolorosamente, ni algunas granadas que al explotar nos conmovieron muy de cerca, quitaban a la escena su particular interés.

Viendo que la batería de la izquierda del caserío hacía buenos tiros en dirección hacia Loreto, pero cortos, porque nuestras tropas ya ocupaban hasta media aldea, el general me permitió que fuera yo a hacer corregir ese tiro. Con unas cuantas indicaciones, el capitán Roldán, cuya batería vigilaba el valiente mayor Saavedra, mejoró su tiro e hizo excelentes impactos sobre la trinchera misma de la cúspide de Loreto. El resultado no se hizo esperar y lo dejé ya consignado.

La toma de Loreto tardó 25 minutos.

Estaba yo en la batería mencionada, cuando se presentó el general Urbina, observando el combate y preguntando



por el general Ángeles; le indiqué dónde estaba y le rogué que no se acercara su escolta montada, por no atraer el fuego enemigo; acababan de herir a varios artilleros.

Al mismo tiempo, la infantería de nuestra ala izquierda, apoyada por las baterías de ese lado, rechaza la línea enemiga posesionada del cerro anterior a la Bufa, hace que esa infantería se retire a la Bufa misma y se establece fuertemente en la cresta que la protege. De una a otra cresta se entabla nutrido tiroteo, que se mantiene largo rato.

Momentos después de que volví al caserío, me decía el general Ángeles que las piezas de las baterías ocultas se habían [in] utilizado, y el capitán Espinosa de los Monteros acudía a ver si tenían pronto remedio.

Por indicaciones del general, corro en busca de nuestras cabalgaduras para ocurrir a un nuevo punto de la lucha. Entretanto, las otras baterías continúan el fuego.

Pronto, cuando el Cerro de Loreto ya es nuestro, la lucha se singulariza en el Cerro de la Sierpe.

El general ordena que la artillería avance, y entretanto, ocurre con su Estado Mayor, al galope, al teatro de este nuevo pasaje épico.

Al pasar por cerca de la batería del capitán Durón, le ordena que bata la nueva zona y poco después, a medio camino, se encuentra al señor general Villa que, seguido de su escolta, venía también al galope en busca del general Ángeles y de su artillería. Ambos generales y sus escoltas se detienen; se saludan los dos jefes y dialogan; el general Villa preguntando por la artillería, para desalojar al enemigo de la Sierpe, y el general Ángeles, asegurándole que ya había ordenado que aquélla avanzara.





General brigadier Calixto Contreras, Jefe de la Brigada "Juárez" de Durango. Imagen tomada del libro: R. González Garza, P. Ramos Romero y J. Pérez Rul, *Apuntes para la historia. La Batalla de Torreón, Texas*, El Paso Printing Co., 1914.



CÓMO FUE EL ATAQUE A ZACATECAS

Federico Cervantes

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en agosto de 2019 en la Ciudad de México.

Federico Cervantes Muñoz Cano nació en Oaxaca en 1883. Fue estudiante del Colegio Militar de Chapultepec, en donde se tituló de ingeniero. Por acuerdo de Porfirio Díaz fue enviado a Francia para estudiar “cuestiones de aeronáutica”. En 1912 regresó a México con el fin de participar en las acciones contra la rebelión orozquista, pero Felipe Ángeles, recién nombrado por Francisco I. Madero director del Colegio Militar —en cuyas aulas Cervantes conoció a Ángeles en 1904 y fue su discípulo en el área de matemáticas—, lo retuvo a su lado en esa institución. Luego, a instancias de éste, Madero decidió enviar nuevamente a Cervantes a París, a la Escuela Superior de Aeronáutica, con el compromiso de que, a su regreso, estableciera una escuela de aviación en nuestro país; pero el asesinato del presidente Madero y la incorporación de su exprofesor a la lucha revolucionaria contra Huerta determinaron otro derrotero para Federico Cervantes, quien solicitó su baja del ejército debido a que sus convicciones eran “antagónicas de la existencia y de los procedimientos” del régimen huertista, y en diciembre de 1913 regresó de París para unirse a la Revolución al lado del exdirector del Colegio Militar. Ya en las filas de la División del Norte estuvo en los inicios del uso de aeroplanos por este cuerpo de ejército.

Federico Cervantes fue representante personal de Felipe Ángeles ante la Soberana Convención Nacional Revolucionaria que se reunió en Aguascalientes. Ascendió a general de brigada bajo el gobierno de la Convención, y fue ministro de Comunicaciones en el gobierno convencionista provisional del Francisco Lagos Cházaro. A la derrota de la Convención, logró llegar a la frontera y refugiarse en Estados Unidos, donde se encontró nuevamente con Felipe Ángeles, a quien trató de convencer de no volver a internarse en México, sin lograrlo. Tras el fusilamiento de este general en Chihuahua, en 1919, Cervantes vivió desterrado en Estados Unidos hasta la caída de Carranza en 1920, cuando regresó al país.

Dada su cercanía y estimación hacia quien fuera su maestro y superior, Federico Cervantes se dedicó a escribir la biografía más extensa y completa que se haya publicado en el siglo xx sobre Felipe Ángeles, editándola a partir de 1942 en diversas ocasiones, la mayoría de ellas con fondos propios. Murió en la Ciudad de México en 1966.



GOBIERNO DE
MÉXICO



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

